



O Dr. José Maria Sevilla abrindo as portas de Miramar

## **LOS ERMITAÑOS DE MIRAMAR SU TRASCENDENCIA EN LA HISTORIA**

Autor: José María Sevilla Marcos, Magíster de la Maioricensis Schola Iullistica

Ramon Lull, fundador del Monestir de Miramar en 1276, fue el principal promotor del eremitismo en Mallorca. En sus obras más conocidas, “Blaquerna” y “Félix de les Meravilles”, hizo un encendido elogio de esta forma de vida, como la más perfecta. Recordemos que, diez años antes de que Celestino V, el único de la historia, se retirara de Papa para ser ermitaño, Ramon Lull en su novela citada, había descrito de forma literaria e imaginativa, que el Papa Blaquerna también había acabado siendo ermitaño. Caracterizó siempre este modo de vivir espiritual, el recogimiento, la soledad, la

devoción, la pobreza, la humildad, el trabajo, el sacrificio, la comida frugal, la obediencia a los superiores, todo ello por amor a Dios, manifestándolo a través de la oración y el amor a los hombres y a la naturaleza.

De manera paralela, la vida espiritual de las mujeres en abadías y monasterios fue ensalzada por Ramon Llull, y también existieron ermitañas en Mallorca, de las que hay constancia en Mancor, Felanitx, etc., etc.

Miramar en 1301 había sido entregado por el rey Jaime II a los monjes cistercienses de la Real. Después, está documentado que el rey Juan I de Cataluña y Aragón cedió éste monasterio al ermitaño Guiem Escolà, sacerdote, y a sus compañeros Joan Sancho y Nicolau Cuc, a los cuales se les unió el presbítero Salvador Casellas. Esto sucedió en las últimas décadas del siglo XIV. También en el entorno de Miramar, en diferentes cuevas de la montaña, vivieron en esa época, los ermitaños Bernard Cirerol y Guiem Valerna.

Hay constancia del legado de Francisquina, viuda de Berenguer Sunyer, en testamento redactado en 1395. En él mencionó a los ermitaños, además de Guiem Escolà, a Nicolau Mora y a Nicolau Quart de Valldemossa. También el mercader Joan Cortés dictó testamento en 1399, dejando un legado de diez sueldos a la obra de la Santa Trinidad de Miramar y otro legado de diez sueldos a cada uno de los ermitaños que el día de su muerte permaneciesen en las montañas de Valldemossa.

En la península varios ermitaños se habían unido para formar una nueva Orden, la de los Jerónimos, bajo la aprobación del Papa Gregorio XI. Por eso los ermitaños de Miramar se adhirieron a esta Orden, como otros de diferentes lugares de Mallorca. Miramar en 1400 pasó a depender de los jerónimos de Cotalba de Valencia, hasta 1442. La trayectoria de los monjes jerónimos fue muy importante en la historia de España y Portugal, y, para nosotros, por la influencia del lulismo que recibió esta Orden. Nació la Congregación Española en Siena, pues Tomás Succio, en el siglo XIV, agrupó allí, con el nombre de San Jerónimo a unos cuantos ermitaños, los cuales, una vez muerto el maestro, se dispersaron, viniendo algunos a la península ibérica, donde, simultáneamente en Cataluña, Aragón, Valencia, Portugal, Andalucía y Castilla la Nueva, se establecieron. En 1415 se celebró en Guadalupe el primer capítulo general, estando representados 25 monasterios, entre ellos el de Miramar de Valldemossa. Los más famosos monasterios en tiempo de Manuel I de Portugal, y de Carlos I y Felipe II de España, fueron regentados por monjes jerónimos, algunos de ellos portadores del Ramon Llull más enaltecido, como El Escorial, en el siglo XVI.

Volviendo al Miramar de Valldemossa del siglo XIV, recordemos que no todos sus ermitaños residían en la casa, como hemos comentado antes, sino que estaban esparcidos en su entorno. Así sucedió con el ermitaño Nicolau Quart que residía en “Ses Ermites Veies” cerca de la actual Ermita de la Trinidad fundada por el ermitaño Joan Mir i Vallés de Alaró, en el siglo XVII.

También hay que destacar en el monte Randa, la ermita de Sant Honorat, fundada

alrededor del año 1375, con los ermitaños y sacerdotes Arnau Desbrull y Mateu Dezcallar, formando un importante cenobio con numerosos seguidores, viviendo en comunidad.

Numerosos ermitaños estuvieron dispersados por muchos lugares de la isla de Mallorca: Pollensa, Escorca, Alcudia, Manacor, Mancor, Felanitx, Soller, Petra, Sant Joan, Inca, Esporles, Bunyola, Alaró, Selva, Bellver, Banyalbufar, Montuiri, Andratx, etc., en los siglos XIV, XV y XVI, XVII, llegando hasta la actualidad.

Pero la vida eremítica mallorquina del siglo XIV no solo quedó confinada en la isla, sino que el modelo misionero del Miramar de Ramon Llull tuvo su difusión fuera de las fronteras de Mallorca. Al principio en Canarias en los siglos XIV y XV y posteriormente, en Granada y en América, en el siglo XVI.

Es verdad que Ramon Llull enfocó su proyecto misionero preferentemente hacia los infieles, es decir, a aquellos que creyendo en Dios rechazaban la Trinidad y la Encarnación. Pero también es preciso reconocer que Llull vio la necesidad de evangelizar a los gentiles, es decir, no musulmanes, ni judíos, porque había que ayudar a salvarlos, ya que también ellos, como todos los hombres, habían sido redimidos por Jesucristo.

En Miramar se enseñaron lenguas llamadas orientales, preferentemente semíticas, el árabe y el hebreo, porque eran las lenguas que hablaban los pueblos frontera, conquistados o por conquistar, o simplemente a evangelizar.

Pero el procedimiento lingüístico era parecido. Consistía, no solo en aprender a entender y escribir las palabras y sus reglas idiomáticas, sino también convivir con personas del habla a aprender. Eso fue lo que hizo Llull para aprender el árabe. Compró un esclavo moro que le enseñó, no solo la lengua, sino probablemente las diferentes formas de pensar y sentir de los musulmanes.

De manera que con los guanches de Canarias se fue a convivir con ellos, por eso ermitaños misioneros mallorquines fueron a vivir con los guanches canarios.

Una vez entrados en contacto con los nativos, se trajeron a los más idóneos a la metrópoli, para que aprendieran mejor la lengua materna que hablaban los misioneros y la doctrina cristiana. De ahí vinieron las expediciones de ermitaños catalanes y mallorquines, en el siglo XIV, siendo después sustituidos por frailes castellanos. Y, en correspondencia, guanches canarios vinieron a los reinos hispánicos, para ser adoctrinados en la religión católica y aprender sus respectivas lenguas.

La impronta de Miramar en Canarias la tenemos reflejada en los trece frailes menores que Ramon Llull situó en Miramar, en recuerdo al Señor y a los apóstoles. Es decir: 1, por Jesucristo, + 12, por sus discípulos, total 13; dispuestos a evangelizar a los infieles y paganos y a morir por Jesucristo.

En Canarias es conocido el "*Testamento de los trece frailes mallorquines*" que murieron a manos de los guanches. Según la crónica de Jean Pierre Le Verrier y Pierre Boutier, fueron martirizados hacia 1393, en la zona del Telde, a 13 Km. del centro de la actual

Las Palmas de Gran Canaria. La noticia del citado testamento procede además del conquistador Gadifer de la Salle, de 1403. Estos frailes eran ermitaños que habían llegado en 1386 y que, al morir, habían cumplido el ideal de Ramon Llull de sufrir el martirio por Jesucristo. Con ellos habría desaparecido el Obispado del Telde, pero la simiente del martirio haría surgir, más tarde, una esplendorosa resurrección de la fe cristiana entre los nativos.

A finales del siglo XV y principios del XVI se produjeron acontecimientos trascendentales para la humanidad, en los que el lulismo estuvo presente.

El argumento expuesto por Ramon Llull en el libro de las Cuestiones (*Quaestiones, Quotilibetales per artem demonstrativam seu inventivam solubiles*), Cuestión nº 154, escrito en 1287, fue debatido en el Monasterio de La Rábida de Huelva, cuando Colón llegó en 1484. El texto literal de Llull, resaltado por D<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán en la conferencia que pronunció en el Ateneo de Madrid, a propósito del cuarto centenario del descubrimiento de América, fue el siguiente:

*<<Raimundo Lulio, en la Cuestión 154, al proponer la dificultad del flujo y reflujo en el mar de Inglaterra, el Doctor Iluminado, nunca más iluminado que en tal momento, la resuelve con las siguientes palabras: "Toda la principal causa del flujo y reflujo del Mar Grande, o de Inglaterra, es el arco del agua del mar, que en el Poniente estriba en una tierra opuesta a las costas de Inglaterra, Francia, y España y toda la confinante de África, en las que ven los ojos el flujo y reflujo de las aguas, porque el arco que forma el agua como cuerpo esférico es preciso que tenga estribos opuestos en que se afiance, pues de otro modo no pudiera sostenerse; y por consiguiente, así como esta parte en nuestro Continente, que vemos y conocemos, en la parte opuesta del Poniente estriba en otro Continente que no vemos ni conocemos desde acá, pero por la verdadera filosofía que conoce y observa por los sentidos la esfericidad del agua y su medido flujo y reflujo, que necesariamente pide las opuestas vallas, que contengan el agua tan movediza, y sean pedestales de su arco, infiere que necesariamente en la parte que es occidental hay Continente en que tope el agua movida, así como topa en nuestra parte respectivamente oriental>>.*

Por la vía del franciscanismo los escritos de Ramon Llull viajaron por los diferentes monasterios franciscanos, y las ideas de Ramon Llull, es decir, el lulismo, estuvo presente en el momento crucial del descubrimiento de América.

Si este descubrimiento fue trascendental, no lo es menos la defensa de los Indios Occidentales. La chispa se prendió después del segundo viaje de Colón a la Española en 1494.

Colón empezó a poner en marcha su maquinaria de vender esclavos y por ahí no pasaron los dos hombres claves con vocación de ermitaños. El primero fue el ermitaño de Montserrat y lulista, Bernal Boil o Buil, que acompañó a Colón en el segundo viaje y que, abandonando la isla La Española precipitadamente, lo denunció a los Reyes, por su conducta con los indios y los colonos. El segundo, el franciscano que vivía como un

ermitaño, y además Cardenal y Arzobispo de Toledo, Francisco Jiménez de Cisneros. Este era el hombre más fuerte de la Corte de los Reyes Católicos, lulista convencido y total.

Cisneros, enterado por Buil, no pudo consentir el maltrato a los indios y menos venderlos como esclavos. Eso se tradujo en el Codicilo del Testamento de Isabel la Católica, que un mes y medio antes de morir lo añadió.

Acababa de salvar a los indios de la América Hispana del exterminio. Ese famoso Codicilo fue la levadura de las Leyes de Indias. No ocurrió así en Estados Unidos y Canadá donde fueron exterminados los pueblos autóctonos, como también sucedió así en el cono sur de América del Sur, después de la independencia de las repúblicas hispanoamericanas.

El Archiduque Luís Salvador de Austria reconoció la influencia de Ramon Llull en los misioneros españoles en defensa de los indios de América. Trajo una piedra de la misión franciscana de Fray Junípero Serra, de San Francisco (California), y la puso a los pies de una estatua de Ramon Llull, en una capilla en forma de rotonda, que hizo construir en 1872. Ésta está situada en la finca de La Estaca, a 700 m. de distancia las casas de Miramar.

Hace 32 años cayó un rayo y destruyó la capilla. No está la estatua, pero sí la piedra de California. El rayo no pudo con la piedra. Ahora la rotonda sigue en ruinas que son propiedad del actor de cine Michel Douglas.

Pero volviendo a la vida eremítica en Miramar, ésta no había acabado en el siglo XVI, pues apareció la importante figura del Padre Castañeda. Justamente en 2007 se han cumplido los 500 años de su nacimiento.

A los 34 años formaba parte del ejército del emperador Carlos I de España, en su ataque a Argel, con la armada imperial el año 1541. La escuadra fue derrotada por los argelinos ante la inoportuna aparición de una fuerte tempestad, y la nave del Capitán Castañeda naufragó, siendo él recogido por otra nave cristiana que lo trasladó a Mallorca.

En esta isla abandonó la vida militar para pasar a la vida religiosa. En un predio denominado "Sa Torre", del término municipal de Valldemossa, se retiró a hacer penitencia, cambiando de nombre por el de Antonio, en memoria del santo del mismo nombre, viviendo de limosnas. Dormía en una vieja cisterna seca y más tarde en una cueva. Así pasaron tres años, hasta que lo descubrió el canónigo Mosén Nicolau Montanyans, quien le encargó que se ocupara del antiguo Monasterio de Miramar. Un día el ermitaño Antonio Castañeda, que ya residía en el Monasterio de Miramar, se acercó a pedir limosna a Son Gallard y encontró a la jovencita Catalina Tomás quien le atendió caritativamente, quedando ella vivamente impresionada por la humildad de aquel fraile.

Posteriormente, en compañía de otra muchacha de su edad, Ana Mas, fue a confesar con el ya Padre Castañeda, al Monasterio de Miramar, y a partir de ese momento

comenzó el deseo de hacerse religiosa. El Padre Antonio Castañeda, ante la oposición de los tíos de Catalina a que siguiera su vida espiritualmente, consiguió sacarla de Son Gallard y colocarla como sirvienta en casa de los nobles mallorquines, D. Mateo Zaforteza y Tagamanent y D<sup>a</sup> Magdalena Gual-Desmur y Térmens. Quedó al servicio de la hija de ambos, Isabel, la cual le enseñó a leer y escribir y la trató con mucha dulzura, sobre todo cuando enfermó muy gravemente. La trasladaron entonces a la mansión de Raixa, en el campo, donde recuperó la salud con ayuda de Isabel.

Pero Catalina seguía con el empeño de ingresar en un convento, y a esta ardua tarea se dedicó el Padre Castañeda. Logró que entrara sin dote, cosa imposible en aquella época, en el convento de clausura de monjas agustinas de Santa Magdalena, el 13 de noviembre de 1552. En aquella época de tanta pobreza la dote era fundamental para ingresar las futuras monjas en los conventos. Pero la fama de santidad de Catalina fue tal que, después de haberle negado su ingreso todos los conventos de Palma, fueron tres de ellos los que finalmente le ofrecieron, gratuitamente, su admisión en sus respectivos claustros.

Podemos resumir la vida del Padre Castañeda diciendo que a pesar de residir en el cenobio de Miramar en Valldemossa, fue un ermitaño muy activo. Su acción se dejó sentir logrando que otras personas, además de Catalina Tomás, se incorporaran a la vida espiritual.

Consiguió que ingresara en la Compañía de Jesús el Padre Jerónimo Nadal, y las hermanas Calvo en el convento de Santa Magdalena, siendo compañeras de Santa Catalina Tomás.

El pequeño monasterio de Miramar se convirtió, con el Padre Castañeda, en un importante centro espiritual de Mallorca, con fuerte repercusión en el vida religiosa del siglo XVI. No olvidemos que Miramar fue la única Escuela que tuvo en vida Ramon Llull y este siglo XVI fue el de mayor protección real de su pensamiento. Eso ocurrió en el reino de Cataluña y Aragón con Fernando el Católico, durante la regencia del Cardenal Cisneros en la península y en los dos archipiélagos, y los reinados en España de Carlos I y Felipe II.

Muerto el padre Castañeda en 1583 fue enterrado en la iglesia de Miramar, cerca del altar mayor dedicado a la Santísima Trinidad, y en 1615 parte de sus restos fueron colocados en un relicario en forma de cruz, que se conserva en la actual capilla de Miramar.

Otro gran Ermitaño, sepultado en la iglesia de Miramar fue Joan de la Concepción Mir i Vallés.

Nació en Alaró el 3 de diciembre de 1624. A los 11 años, perdió a su madre. Acompañó en sus trabajos agrícolas a su padre que era "traginer", es decir, arriero, que transportaba mercaderías con mulos. En 1640, a los 16 años, abandonó su casa y se fue a vivir al "Refugi" en el Castillo de Alaró con el ermitaño Julià Lladó i Bestard. Se cree que este ermitaño era el único que había quedado en Mallorca, y ejerció de

maestro y le enseñó todo lo que él sabía y toda la humildad y la caridad que han derramado siempre los ermitaños. Aprendió a dirigirse con sencillez al Señor y a la Virgen Santísima.

Después de obtener esa formación recibió en, 1640, el hábito de ermitaño, tomando el nombre de Joan de la Concepció de Maria Santíssima, en la Ermita de Nostra Senyora del Refugi en el Castell d'Alaró, bajo la Orden de Sant Pau, de manos del Venerable Fray Julià.

Dos meses después falleció el Ermitaño Julià y quedó solo Joan de la Concepció, el único ermitaño en toda la isla. Así pasaron dos años, en la soledad del "Refugi" del Castell d'Alaró, hasta que aparecieron dos ermitaños de Borgoña, de la Orden de Sant Pau que, procedentes de Cerceña, se dirigían a Ibiza, con la intención de llevar allí unas reliquias.

Los días que pasaron en el Refugi del Castillo de Alaró, fueron decisivos para Joan de la Concepció. De ellos aprendió la manera de vestir, vivir, comer y profesar. Fueron como dos ángeles para Joan Mir.

El 7 de abril de 1644, profesó definitivamente, celebrando la misa Mossèn Joan Coll, Rector de Bunyola.

Dos años después, triste y desconsolado, en septiembre de 1646, tras la muerte de su amigo, el rector de Bunyola y protector de la capilla, mossèn Joan Coll abandonó el Castillo de Alaró, debido a que mucha gente subía allí sin recogimiento. Se dirigió entonces a un lugar más acorde con la espiritualidad, a las antiguas ermitas del entorno de Miramar en Valldemossa. Tenía 22 años.

En aquel paraje encontró cuevas y antiguas ermitas, pero también un paraje especial para construir una ermita nueva para dedicarla a Sant Pau i Sant Antoni, situada en un llano del bosque de la antigua alquería de Sa Torre, donde un siglo antes permaneció tres años el Padre Castañeda, antes de pasar al Monasterio de Miramar.

Estableció enseguida excelentes relaciones con los cartujos de Valldemossa, especialmente con Miquel Monserrat Geli, que fue su director espiritual y confesor y que con él redactó las Reglas de la Orden, que solo se transmitían oralmente. Éstas fueron acabadas en 1666, aprobadas en 1669 y publicadas en 1670, y son las actuales de la Orden mallorquina de Sant Pau i Sant'Antoni.

La espiritualidad del Ermitaño Joan de la Concepció fue tal que acudieron muchos jóvenes para convertirse en ermitaños. Se construyeron numerosas ermitas, no solo en el entorno de Miramar, sino por toda la isla.

El 12 de julio de 1688 murió Joan de la Concepció Mir en la ermita de la Santísima Trinidad de Valldemossa y fue sepultado en la iglesia de Miramar, junto a la sepultura del Padre Antonio Castañeda, no lejos del altar de Nostra Senyora del Bon Port .

El ejemplo del Ermitaño Joan de la Concepció Mir i Vallés se vive actualmente a través de sus discípulos, y damos gracias a Dios por tener a los Ermitaños entre nosotros, señalándonos el camino del Señor.